



Preguntas

1. ¿Qué medios concretos (Palabra, Eucaristía, silencio, acompañamiento espiritual...) pongo para que Cristo se forme en mí?
2. ¿Cómo es mi ser testigo de Cristo? ¿Qué anuncio con mi vida?



Oración final

Señor Jesús,
hoy me acerco a Ti
con el deseo profundo de que mi vida
se configure con la tuya.

Tú, que viviste en obediencia al Padre,
enséñame a confiar.
Tú, que amaste hasta el extremo,
enséñame a amar.
Tú, que abrazaste la cruz por amor,
enséñame a abrazar mi propia cruz con esperanza.

Espíritu Santo,
tú que eres el artesano de esta configuración,
moldea en mí la imagen de Cristo.
Que cada día sea una oportunidad
para parecerme más a Él.
Y cuando el camino se haga difícil,
recuérdame que no estoy solo.
Que Cristo vive en mí,
que su fuerza me sostiene,
que su gracia me basta,

Amén.

PADRE NUESTRO





Oración de inicio

Nos preparamos para acoger la Palabra de Dios en nuestra vida con un momento de silencio y con una invocación al Espíritu Santo.

¡Ven, Espíritu Santo!
Abre nuestro corazón
para que podamos escuchar la Palabra
que Dios nos dirige en las Escrituras.

¡Ven, Espíritu Santo!
Danos inteligencia y perseverancia
para comprender la Palabra
y llevarla a la práctica.



Introducción

La configuración con Cristo hace referencia al proceso por el cual el creyente se va transformando interiormente para asemejarse cada vez más a Jesucristo. No se trata simplemente de imitar sus acciones externas, sino de permitir que su vida, su amor, su obediencia al Padre y su entrega total se hagan vida en nosotros.

Configurarnos con Cristo es, pues, un camino de comunión íntima con Él, a través de la gracia, la oración, los sacramentos y la vivencia concreta del Evangelio, hasta poder decir con verdad: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). Configuraros con Cristo es la vocación de todo cristiano. Esta configuración permitirá vivir un discipulado real y una auténtica misión.



Jn 14, 19-26

Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él». Le dijo Judas, no el Iscariote: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?». Respondió Jesús y le dijo: «El que me

ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.



Evangelii Gaudium

266. El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie.

267. Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama. En definitiva, lo que buscamos es la gloria del Padre; vivimos y actuamos «para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1,6). Si queremos entregarnos a fondo y con constancia, tenemos que ir más allá de cualquier otra motivación. Éste es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás.



Reflexión

Cristo no vino solo a enseñarnos ideas, sino a amar hasta el extremo (Jn 13,1). Solo si su amor toma forma en nosotros podremos perdonar como Él perdona, servir como Él sirve, mirar como Él mira. “Amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn 13,34).

No se puede anunciar a Cristo auténticamente si no se vive «en» Él. Evangelizar no es repetir doctrinas, sino manifestar con la vida a Aquel que nos habita. Ser testigo no solo es contar algo, sino ser alguien en quien Cristo puede ser visto, amado, creído. Esa es la fuente de toda misión y fecundidad. Quien vive en Cristo, habla con su mismo tono, actúa con su misma misericordia, transmite su misma alegría. Cuando falta esta vida interior, el anuncio pierde credibilidad, frescura, fuego.

